




Bajo la dirección de José Pedro Barrán, Gerardo Caetano  
y Teresa Polzeczanski



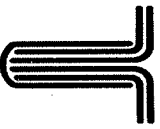
# Historias de la vida privada en el Uruguay

El nacimiento de la intimidad  
1870-1920



taurus

2

taurus  




9 789974 590540

# Historias de la vida privada en el Uruguay

Bajo la dirección de  
José Pedro Barrán, Gerardo Caetano  
y Teresa Porzecanski

Tomo 2

## El nacimiento de la intimidad 1870-1920

Gerardo Caetano - Roger Geymonat  
Gabriel Peluffo Linari  
Silvia Rodríguez Villamil  
Graciela Sapriza  
Pablo Rocca  
José Pedro Barrán  
Yamandú González Sierra  
Carlos Reyes Möller  
Alcides Beretta Curi  
Teresa Porzecanski

En cubierta:  
Carlos Federico Sáez, La amiga, dieciocho, 1900  
Gentileza de Galería SUR, Punta del Este

Library U\$26

989.5  
PAR  
v.2



# Historias de la vida privada en el Uruguay

Bajo la dirección de José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski

989.5 BARhi v.2

[E] nacimiento de la int...

Barrán, José Pedro



F05T56556

**taurus**

UNA EDITORIAL DEL GRUPO  
SANTILLANA QUE EDITA EN:

ESPAÑA PORTUGAL  
ARGENTINA PUERTO RICO  
COLOMBIA VENEZUELA  
CHILE ECUADOR  
MÉXICO COSTA RICA  
EE.UU. REP. DOMINICANA  
PARAGUAY GUATEMALA  
PERÚ URUGUAY

T56556



## El adolescente, ¿una creación de la modernidad?

José Pedro Barrán

En las tres primeras décadas del Novecientos, el investigador atento a las resonancias de la vida privada en la documentación, advierte la aparición de una nueva figura, el adolescente. No el joven ni el pibero, de larga tradición en la literatura del siglo XIX, sino otro ser que vive por primera vez —así es descrito— o debe vivir su sexualidad contentiéndola y sintiéndola culposamente, un ser que debe ser vigilado en sus juegos, sus lecturas, su salud y, sobre todo, en su soledad; un rebelde contra sus mayores y los valores de la tradición, un ser cuyo cuerpo y alma el poder médico, la novela y el cuento describen, ojeras azules y profundas, uñas comidas, expresión insegura, mirada huidiza, que no controla bien los movimientos de sus miembros y, entonces, rompe los objetos, que duerme demasiado y gusta encerrarse en los cuartos solo o con amigos. En otras palabras, una imagen poco decorosa y que echa sombras sobre lo que la familia burguesa espera de sus «herederos».

¿Y cuál es la mirada del adolescente del Novecientos sobre sí mismo? ¿Se reconoce en esta descripción de la neurosis juvenil, en esta imagen labrada por el poder del *padre*, el médico, el profesor? ¿Acepta el rol que la sociedad le ha asignado al negarle el ejercicio de la sexualidad en el mismo momento en que «asoma el bozo» en su rostro?

Sean cuales fueren las respuestas, una verdad surge en el Novecientos: sobre todo en el mundo urbano de las clases medias y la bur-

*Esta fotografía «pornográfica» proviene de un libro editado en España titulado Las mujeres galantes, que circula en Montevideo. La mujer en traje de baño ha adoptado una pose sugestiva y «canallasca». Debojo de la fotografía luce la siguiente y provocativa leyenda que alude a las rayas de su traje: «¿Las ha contado todas? ¿Está contento? Ya les he dado gusto, porque supongo que cuando ustedes ponen en mi sus ojos no llevan más idea (nadie lo duda) que contarme las rayas una por una. Y habrá quien, de seguro, piense la cuenta al pasar de la raya... (no sé cuál de ellas)».*

Los jóvenes en los que «apenas asomaba el bozo» probablemente miraban con turbación la lamina y, si lo hacían en grupo, reían nerviosos y con demandada fuerza.

guesta, ha aparecido un individuo en conflicto dramático con sus padres, la sociedad y, a menudo, consigo mismo.

Ese conflicto lo lleva a elaborar, como pocos sujetos en su época, un concepto individualista de la intimidad, un encerramiento acorazado dentro de un yo que siente asediado y que necesita descubrir pues la comunidad ya no le brinda las coordenadas seguras de antes. Los adolescentes son de los primeros sujetos que en la sociedad de la época inventan y usan los tiempos, los espacios y los objetos que resguardan la intimidad de la mirada ajena. Son, si no sus inventores, de los primeros usuarios del cuarto cerrado con llave, del *secretaire* o escondrijo en la biblioteca o el escritorio, del diario íntimo, de un lenguaje de iniciados en que sólo penetran amigos y hermanos, tal vez, pero no los mayores; de la siesta de los padres ya no para jugar como los niños, sino para leer la novela prohibida o mirar la estampa piadosa.

El adolescente del Novecientos protagonizó un conflicto generacional desgarrador—no eran así las disputas violentas con los padres del siglo XIX—y es así, el primer solitario.

### La «mocedad»

Es probable que algunos de los rasgos principales que caracterizaron al adolescente descrito precedentemente sean una construcción cultural que concluyó imponiéndose a sus protagonistas. Hay una primera etapa en la vida del Uruguay, hasta 1870-1900, en que se pueden encontrar descritos púberes pero no, ciertamente, adolescentes.

El análisis de ese pasado que nos permite la documentación—literatura, memorias, cartas privadas—nos da la sensación de que se entraba a la pubertad y se pasaba a la juventud y la adultez casi de inmediato.

Pocos, incluso, mencionan la palabra adolescente y cuando lo hacen, son imprecisos. Así, por ejemplo, piensan los médicos, los mejor situados por su oficio para dar idea de la concepción imperante sobre las diferentes edades de la vida. El español Pedro F. Monlau escribió en su *Higiene del matrimonio* en 1865: «El período que corre desde el nacimiento hasta los siete años se dice infancia, niñez, primera infancia o edad infantil, el período que corre desde los siete años a los catorce o quince en el varón, y a los doce o trece en la hembra, se llama segunda infancia o puericia; terminada la puericia, entra la mocedad o adolescencia, que se extiende hasta los veinticinco años, época en que empieza la virilidad. La virilidad termina (para ceder el puesto a la vejez, y gradualmente a la decrepitud) cuando pierde el hombre la energía fecundante, o cesa en la mujer el flujo menstrual». Aparte del obvio patriarcalismo del testimonio—llama «virilidad» a la madurez del hombre y no «ve» a la de la mujer—, el médico citado identifica la «adolescencia» con la «mocedad» o juventud que extiende hasta los veinticinco años, adjudicando el síndroma que será la clave de la «ado-

lescencia» del Novecientos, la masturbación, a la segunda infancia y no a la «mocedad».

En el Uruguay del ochocientos, el niño o púber de 13 a 18 años entraba en la «mocedad» por distintos caminos. No había típicas ceremonias de iniciación pero sí modos de expulsión del púber de su familia y por su familia, en particular por su padre. Penetraba ese púber, entonces, en el mundo del aprendizaje, el trabajo, la militia o el casamiento.

Las mujeres púberes se tornaban adultas casi asegurada a través del casamiento ya que éste ocurría tempranamente. La norma era que se realizara a los 12, 15 ó 18 años; en el período colonial sucedía a menudo a los 15 años y en las primeras décadas del siglo XIX a los 15, 18 ó 20 años. Los primeros Anuarios Estadísticos oficiales—en la década de los ochenta—todavía permiten advertir trazas de este hecho: el 37% de las mujeres que se casó entre 1887 y 1889 en todo el Uruguay lo hizo antes de los 21 años, incluso un 16% antes de cumplir los 18. Otro porcentaje elevado, 35%, se casó entre los 21 y 25 años, es decir que, casi las tres cuartas partes de las mujeres que se casaron lo hicieron antes de cumplir 25 años.<sup>2</sup>

De este modo, en el sexo femenino tendían a concretar la pubertad y el casamiento, el nacimiento del deseo por el otro sexo con su legitimación por la sociedad y sus poderes morales—la Iglesia Católica, que formalizaba la ceremonia de la unión de la pareja, y el Estado, que le permitía a la mujer casarse una vez cumplidos los 12 años, y al varón una vez cumplidos los 14, según reafirmara el Código Civil de 1868.<sup>3</sup> En el hombre, los ejemplos que conocemos del Uruguay de la segunda mitad del siglo XVIII y las seis o siete primeras décadas del XIX, son de púberes que casi de inmediato llegan al mundo del trabajo, el ejército, la ocupación rural en la chacra y la estancia, o urbana en el comercio, y algo más tardíamente que la mujer, al casamiento.

José Gervasio Artigas se inició en la labor rural a los 14 años; Martín José Artigas había sido llevado a los 11 años por su padre a combatir bandoleros; Cándido Joanico, hijo de un rico comerciante de la época, fue enviado en velero a los 12 años a Inglaterra para su ingreso pupilo en una escuela; Teodoro Miguel Viardobó, el futuro primer médico uruguayo, viajó solo a Barcelona a los 13 años para estudiar en casa de parientes; Leandro Gómez, el militar blanco fusilado en Paysandú en 1865, fue enviado por su familia a Buenos Aires a los 13 años para emplearse en el comercio; Venancio Flores, el caudillo colorado, Ignacio Oribe, hermano de Manuel, el Presidente, y Máximo Santos, el dictador, ingresaron púberes al ejército.

Esta entrada de los varones jóvenes al mundo de las responsabilidades adultas, esta temprana expulsión de la sensibilidad, los afectos, la protección materna y el mundo femenino del hogar, halla su testi-

monio más impresionante en aquellos regimientos de «carreadores» que el general Fructuoso Rivera creó hacia 1840 con jóvenes de 14 y menos años. Su función: inspeccionar a los muertos después de las batallas para quitarles las armas y otros objetos de valor que conservaran, y también habitarlos a algo que para el uruguayo del ochocientos, acostumbrado a una tasa de mortalidad elevada (treinta por mil), era común: la presencia de la muerte en cualquier edad y ocasión.

El ochocientos adjudicó a los púberes responsabilidades que el Novecientos reservará cada vez más para los adultos; es que la distancia entre ambos mundos era escasa siendo el joven mayor de quince años un casi adulto a efectos de la valoración social.

En 1883, al abogado y líder político blanco Alfredo Vazquez Acevedo, le pareció natural, estando retenido en su casa por la enfermedad de su esposa, enviar a su hijo de 15 años a enterrar a la «hermanita que vivió sólo unas horas» en el Cementerio del Paso del Molino.<sup>4</sup> En 1872, un núcleo destacado de jóvenes universitarios suscribió la *Profesión de Fe del Club Racionalista*, primera ruptura formal de la elite culta de Uruguay con la Iglesia Católica y sus dogmas. Entre los que la firmaron y propusieron como modelo filosófico al resto del país había púberes de 17 años, como Anselmo E. Dupont, y aun de 16 años, como Duviniño Terra. Las edades de los líderes del grupo oscilaban entre 19 y 24 años.<sup>5</sup>

Estos hechos, sin dudas, reflejan también una realidad demográfica, la de una sociedad joven y en la que se podía serlo sin el estigma que acompañaba siempre a las minorías. La edad media de la población entre 1889 y 1895 era de 17 años—promedio de 13 departamentos entre los 19—, en 1975 se ha elevado a casi el doble, 33 años<sup>6</sup>, o expresado de un modo más sugestivo, los jóvenes en el siglo XIX tenían el doble de oportunidades que hoy de influir en la mentalidad y las conductas dominantes en la sociedad. Los púberes y jóvenes no eran la minoría que debía ser vigilada por la sociedad; eran la mayoría que la integraba con pleno derecho pues las responsabilidades de la adultez las alcanzaban rápidamente y los saberes también: por cuanto vivían en una cultura más tradicional que letrada y, por ello, aprehensible en pocos años de aprendizaje.

### Padres e hijos

¿Qué efectos tuvo esta manera cultural de ser y percibir la «moedad» en el Uruguay del ochocientos? Uno por lo menos parece claro: la inexistencia de graves conflictos intergeneracionales, y eso que los padres trataban por lo general con rudeza a sus hijos, hecho que las costumbres y el saber pedagógico de la época alentaban y justificaban.

Fue esta una familia patriarcal organizada en torno al poder casi absoluto del padre, al menos en las familias regularmente constituidas,

en la campaña y sobre todo en las ciudades, ya que también abundaba la familia con jefe femenino ante el abandono del hombre y las guerras de la independencia y civiles. El castigo físico del niño era considerado correcto y necesario porque, por ejemplo, virilizaba, así como el miño feminizaba. No olvidemos que estamos ante una cultura de hombres y no de mujeres, de ganaderos que viven de la mananza de vacunos y no de agricultores que viven del crecimiento de las plantas, hechos que la Revolución por la independencia acentuó—cuando no creó—por lo que los valores de la virilidad surgían como los únicos posibles. Pero lo que ninguna fuente documental confirma es la existencia de un enfrentamiento intergeneracional de tipo moderno entre padres e hijos.

Entre 1810 y 1820, los padres podían ser «godos» y oponerse a la ruptura con España y los hijos podían ser «patriotas» y desear la independencia, pero ambos participaban de los mismos valores e ideales de vida y, a posteriori de 1830, incluso de iguales adhesiones políticas pues era muy inusual que el sentimiento que unía a las familias a las divisas blanca o colorada se modificara de una generación a otra: en realidad, esa adhesión se heredaba.

Este acuerdo en el campo político expresaba la común creencia en un valor, la «lealtad», que se acompañaba perfectamente con el culto al «honor» y la «honra» familiar que todos profesaban.

Poco alimentaba, en verdad, la identificación del «mozo» con una generación distinta y opuesta a la cultura del mundo de los adultos, mundo que, por otra parte, estaba también compuesto por una mayoría de personas jóvenes. Además, la minoría de «viejos» cumplía un rol social de peso por transmitir la experiencia vivida a una sociedad que, por tradicional, todavía la consideraba funcional, y eso tomaba a los ancianos «admirables» a los ojos de los jóvenes, lo cual inducía a incrementar la solidaridad entre las generaciones.

Es también posible que incidiese en la armonía generacional en el seno del hogar, la temprana expulsión del púber. El «mozo» lograba cierta independencia económica o de vida que le permitía alejarse del hogar paterno y acceder a una situación muy particular de autonomía dada por su carácter de empleado rural o urbano o de la milicia, cuando no por su pupillage en un colegio extranjero que, si bien lo sometía a los mayores, lo desvinculaba de sus padres. En el caso de la «moza», la salida temprana del hogar paterno coincidía con su casamiento y su casi inmediata conversión en madre, es decir, con una «adultez» impuesta por los hechos.

La documentación permite atisbar la poca culpa con que este púber vivió el despertar de su sexualidad plena.